

ficar algunos trabajos aparecidos en la revista *Bordón*. Puesto a citar, remito al lector con sumo gusto al artículo de Esteban Villarejo "Iniciación al cálculo aritmético", que revela un conocimiento muy atinado de la realidad discente. ¿Cómo va a enseñar con fruto el profesor de Matemáticas—cualquiera que sea el estadio de la enseñanza—si ignora *qué es lo que realmente puede exigir* de sus alumnos? Es cierto que se trabaja activamente en la didáctica correspondiente a la escuela primaria. Pero ¿puede decirse otro tanto en lo que respecta al Instituto de Segunda Enseñanza y a las Facultades de Ciencias? Desgraciadamente, a

partir de mis experiencias personales, contesto negativamente. No es frecuente que el profesor, en los grados superiores de la enseñanza, se ponga a meditar sobre los métodos didácticos más adecuados a sus alumnos. La relación entre alumnos y profesores suele, por otra parte, quedar reducida a la que representan los exámenes. Y el profesor, en estos casos, más es juez que maestro. La cátedra se muestra entonces a la mayoría de los estudiantes más como tribunal de "justicia" que como ámbito cordial estimulante de vocaciones. Pero esto exige un estudio a fondo. Será el objeto de los próximos artículos.

La educación formal en la Universidad

JOSE PERDOMO GARCIA

LA EDUCACIÓN FORMAL Y LA INFORMACIÓN MATERIAL

La Universidad corre el peligro de "materializar" su estructura impartiendo una serie de ciencias y descuidando la preparación y capacitación para cada ciencia. En la organización medieval de los estudios universitarios no se había producido aún esta escisión entre las disciplinas científicas materiales y formales que hoy caracteriza la generalidad de los planes de estudios. El estudio conjunto de las ciencias y de las artes permitía una formación armónica del hombre, integrando en su inteligencia diversos saberes y al mismo tiempo perfeccionando el mecanismo de relaciones en que consiste toda asimilación de conocimientos. Pero ha sido al desintegrarse los planes de estudios de la Universidad moderna, separándose las ciencias y las artes en un proceso de desvertebración que terminó con una contrapartida de ciencias y artes, cuando se ha puesto de relieve la diferencia radical entre una ciencia formal y una ciencia material. La distinción es capital para Otto Willmann, que habla de una educación material centrada en la instrucción de las ciencias, y de una educación formal que comprende el aprendizaje de las artes. La ciencia formal está orientada a lo que Heyne llama "el cul-

tivo general de la inteligencia"; la ciencia material, al conocimiento de las cosas. J. C. Greiling, ya en 1793, dentro de una línea kantiana, nos habla en *Ueber den Endzwecke der Erziehung* de una "educación formal", que "consiste en el propio pensar", y de una "educación material", que estriba en una "provisión de conocimientos". La separación está ya claramente fundamentada en el kantiano Niemeyer en su *Grundsätze der Erziehung und des Unterrichts*, en 1796, pasando a la pedagogía idealista poskantiana del siglo XIX y al "neohumanismo" del XX. La distinción, de un tan reiterado sabor neokantiano, ha sido restituida por Otto Willmann a su justo sentido aristotélico.

La ciencia material, o ciencia *in sensu strictus*, consiste en un repertorio de meras representaciones cuyo aprendizaje es obra conjunta de claridad y orden, de retención y comprensión. La ciencia material informa a la inteligencia poniendo a su disposición un conjunto de enunciados con los que aquélla opera. Las ciencias formales, algunas de las cuales aparecen designadas por los escolásticos como "artes", consisten en un sistema de conexiones representativas que perfecciona y actualiza el funcionalismo de la inteligencia. Su aprendizaje permite acoplar la función intelectual a su acto propio, eliminando actos extraños al de la pura actualización de la inteligencia, y la precisión hace que la función de la inteligencia se ordene directamente a su funcionalismo, sin altos ni rodeos innecesarios. La ciencia *sensu stricto* aporta los elementos materiales de la formación en un saber; la ciencia formal, en cambio, adiestra en el mecanismo mental en que consiste el aprendizaje y el ejercicio de cualquier ciencia por la inteligencia.

El fallo educativo de la Universidad actual consiste en la exclusión de una formación formal, eliminada inconscientemente sin caerse en la cuenta que, conforme sea mayor el grado de complicación y complejidad

"El objetivo central del *Studium Philosophicum*" estriba en plasmar el ideal de formación que se considera hoy como necesariamente previo a todo estudio superior de enseñanzas especiales." Con estas palabras puede resumirse el presente trabajo sobre la educación formal y la información material en la Universidad. JOSÉ PERDOMO GARCÍA, doctor en Filosofía y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, es colaborador de la Revista de Filosofía, ex becario del C. S. I. C. y autor de un estudio sobre Pascal, actualmente en prensa.

de las ciencias naturales, más necesidad hay de ejercitar el mecanismo formal de la inteligencia que las hace posible. Tiene plena razón Schleiermacher cuando afirma que "todos los conocimientos verdaderos son sólo resultado de ejercicios y actos". Por eso, voces autorizadas vienen desde hace tiempo poniendo de manifiesto la necesidad de acoplar a los planes de estudios universitarios al uso nuevas enseñanzas que, bajo diversos nombres, llenen este vacío, y hagan comprensible el fenómeno de la ciencia desde un punto de vista genético. El saber no está constituido por una colección de enunciados oscuros y fríos. Todas sus afirmaciones están formuladas de un modo vivo, en función de unos supuestos y en razón de unas circunstancias. Cuando las conocemos en relación con los antecedentes que las han originado, poseemos un tipo de saber mucho más profundo, más claro y preciso.

¿Qué es lo que se busca con esta formación formal? La respuesta es fácil: poner en forma la inteligencia para el ejercicio perfecto de su actividad específica. Para ello hay que ejercitar la capacidad de comprensión en el análisis rápido y exacto de un objeto o idea; hay también que desarrollar la facultad conexiva que señala las relaciones lógicas entre las cosas, los hechos y sus representaciones, y, por último, perfeccionar la aptitud para la inferencia de los principios y las consecuencias. Este tipo de formación formal se relaciona en cierto modo con lo que los alemanes llaman pensar aperceptivo. La formación material, en cambio, adiestra en otro tipo de pensar, en el pensar perceptivo.

Para alcanzar esta formación formal hay que escoger un núcleo de disciplinas formales fundamentales que hagan posible una educación básica universitaria sobre la que se superponga la pura formación material científica. El número de esas disciplinas formales tiene que ser reducido, ya que para alcanzar el objetivo que se propone basta con aceptar un limitado ciclo de estudios que positivamente forman la inteligencia y la voluntad.

Paul Barth, en su *Pedagogía*, habla de una triple educación formal: la educación preparatoria para la investigación del mundo subjetivo del espíritu, que también designa reflexiva; la educación preparatoria para la investigación del mundo objetivo de la naturaleza o educación formal objetiva, y la educación preparatoria para el orden lógico en la esfera total de la realidad o sistemática. Los dos primeros ciclos, junto con la iniciación en el tercero, forman el período de la enseñanza media o secundaria. El tercer ciclo es el que específicamente podría constituir el curso preparatorio de educación formal fundamental que aquí se propone. P. Barth, como disciplinas formales sistemáticas, considera preceptivas las Matemáticas, relegando la Lógica formal y la Metafísica a un segundo plano por su dificultad. Desde nuestro punto de vista, es en la Filosofía donde hay que cimentar un plan orgánico de formación formal fundamental. Veamos por qué.

La Universidad tiene asignado el cumplimiento de un fundamental objetivo de formación plena e integral. A la Universidad corresponde la fabricación del hombre en aquello que le define como hombre, como ser radicalmente pensante. El hombre en su paso por la vida no es más que un proyecto en principio, y

muchas veces no se queda más que en eso. No es esencialmente necesario el que todos los hombres ejerciten su inteligencia en toda su plenitud, y de hecho hay grandes sectores de la Humanidad que pasan por la vida como si no pensarán. Pero, pese a todas excepciones, siempre hay quienes no pueden renunciar a la pura vida del espíritu. Cuando ese proyecto que es el hombre se realiza, la actualización del potencial que germinaba en su ser es progreso y evolución. "El hombre, ha dicho Kant en su tratado *Ueber Pädagogik*, sólo puede llegar a ser hombre por la educación. El hombre a través de la educación en cierto modo se hace, y al hacerse crea nuevas concepciones, nuevos instrumentos y artefactos. Aunque suene a paradoja, es cierto aquel dicho de Erasmo de que los "hombres no nacen, sino que se forman". Lo que hace que el hombre se haga es precisamente esa capacidad conversiva de la formación, por la que sobre la primera naturaleza de instintos, deseos, sentimientos, sentido común, se sobrepone una segunda naturaleza de hábitos, apetencias e ideas.

Con esto no queremos decir que la "formación" lo es todo, que todo lo hace; pero es indudable que es condición previa para cualquiera otra actividad. Sin incurrir en la ingenua creencia del racionalismo moderno de que la formación todo lo puede, hay que decir que ella es el principio de las cosas posibles. Aquella fe ciega en el poder omnipotente de la educación, en que se incurrió en los siglos XVII y XVIII, partía de un error inicial: el creer que la única realidad posible era la de la razón. El "siglo de las luces", que en la evolución del hombre de Occidente representa, según Kant, "la salida del hombre de su culpable menor edad", centró en el cultivo y desarrollo de la razón la renovación del hombre.

La función formativa de la Universidad recae, por tanto, sobre aquella actividad que esencialmente define al mismo tiempo al hombre. Si aislamos el funcionalismo de la Universidad de esta actividad, la convertimos en un compartimento estanco, desconectado del curso de la vida y de la evolución de las ideas. A la Universidad corresponde la actualización y el ejercicio de una de las funciones más trascendentes de la vida: la del espíritu. La Universidad es un órgano creador de vida intelectual. Pero al mismo tiempo que mantiene vivo y en acción el ejercicio del espíritu, hace posible a la larga la renovación y transformación del repertorio de ideas y concepciones que en último término rige la vida de los pueblos. El espíritu no opera con productos ya digeridos y requeteeasimilados. Los emplea como materiales, y a partir de ellos recrea una nueva visión de la realidad y del mundo. El espíritu no es estático, como la materia inanimada; es esencialmente dinámico. No es de extrañar que Hegel considere en sus *Lecciones de filosofía de la historia* que "la historia del mundo, con todas las cambiantes escenas que sus anales presentan, es este proceso del desarrollo y la realización del espíritu". La vida entera es un camino ascendente del espíritu. El proceso entero de la historia refleja el progreso de la inteligencia hacia lo absoluto. Dentro de esta concepción, la Universidad, órgano puro del espíritu, es el motor de esa evolución ascendente.

La formación propuesta por la Universidad debe servir a la Universidad, ya que en ella logra plasmar su verdadera proyección y continuidad en el tiempo. Ahora bien: la Universidad existe sustantivamente porque permite el pleno desarrollo de la vida del espíritu creando ciencia, arte y técnica, y dialécticamente porque permite unificar los saberes en una imagen armónica de la realidad. Una formación plena del hombre sólo puede alcanzarse dentro de la Universidad ordenada a estos dos fundamentales requisitos previos. Una formación universitaria correcta y adecuada debe aspirar a permitir crear investigadores puros de la verdad y del bien, y al mismo tiempo hombres que dominen un repertorio de conocimientos fundamentales mínimos para integrar una imagen coherente del mundo en que viven. La Universidad no puede reducirse a formar técnicos o especialistas con un sentido exclusivista. Ambas cosas pueden ser un resultado indirecto, pero no un fin inmediato.

El puro profesional, o el puro técnico, relega a un segundo plano la fundamentación racional de sus conocimientos, y se limita a aplicar a los problemas concretos de un modo rutinario fórmulas, recetas o procedimientos. Tiene atrofiada la pura capacidad comprensiva por un "desuso" de su inteligencia. El especialista, en cambio, a fuerza de estrechar el campo visual sobre el que concentra su actividad escudriñante, pierde de vista el mundo en el que se inscribe esa parcela de la realidad, deja de percibir el horizonte circunscribiente que enmarca todas las cosas y pierde noción del límite. El técnico es producto de una educación concentrada; el especialista es el resultado, por el contrario, de una educación parcial, unilateral. Con la división atómica del trabajo propuesta por el técnico se pierde noción del trabajo ajeno; con la eliminación de parcelas de saber de las que se prescinde por no interesar, viene el especialista a simplificar la realidad. En ambos casos, tanto en la sociedad como en el ámbito de la ciencia, se forman círculos cerrados, desconectados de toda relación. Por eso el técnico se convierte en un rutinario ininteligente, y el especialista en un pedantesco hombre fatuo que todo lo sabe sobre una nadería, y nada sabe de todo.

Cuanto llevamos dicho no quiere decir que el especialista y el técnico no tengan una función útil en la organización actual del saber. Como productos históricos de una determinada conformación de la ciencia, tienen pleno sentido y justificación en su ámbito. Lo que aquí atacamos es al especialista y al técnico como "especimen" de una posible y no desconocida situación en la que el especialista es sólo especialista y el técnico sólo técnico. Si Theodor Geiger, en su *Aufgaben und Stellung der Intelligenz in der Gesellschaft* (Stuttgart, 1949), revela la importancia del especialista en el estado actual de la ciencia, Alexis Carrel, años atrás, ha puesto de relieve su ineficacia.

La formación de puros técnicos y especialistas es la muerte de la Universidad. Se pueden alcanzar dentro de ella tecnicismo y especialización, sin descuidar la profundidad y la necesaria universalidad de los conocimientos. Si el técnico peca contra la profundidad, el especialista lo hace contra la extensión de su

saber. Para salvar el riesgo de estas deformaciones es preciso que la Universidad sepa encauzar al universitario hacia el conocimiento y dominio de los objetos que se proponen a estudio, y al mismo tiempo no perder de vista que la realidad estudiada en la ciencia es un todo único y compacto, desintegrado por imposición de una limitada función del órgano intelectual con que la conocemos.

La Pedagogía universitaria ha perdido de vista el principio de jerarquía que debe presidir la ordenación de las enseñanzas. Descentrada la Universidad de su función formativa, para limitarse a la mera preparación de profesionales, el principio del orden ha sido desplazado y pospuesto por el de la utilidad de las enseñanzas en función del fin práctico asignado. Interesaba más la utilidad inmediata que la eficacia, sin advertirse que el aprendizaje incluso de esas disciplinas pragmáticas era deficiente sin una previa ejercitación de la inteligencia en disciplinas que perfeccionan su actividad. La avidez por alcanzar pronto y rápidamente resultados visibles ha hecho relegar el ejercicio del acto intelectual a un segundo orden y sólo centrar la educación en el desarrollo de la función intelectual por cauces ya trillados. Pronto se ha visto que este camino no conduce más que a un atrofiamiento de la vida intelectual, porque es del todo ineficiente la aproximación de los productos de la inteligencia—ciencias, artes o técnicas—sin una previa preparación de la inteligencia para el ejercicio de su función. De nada sirve un continuo ejercicio funcional del intelecto si previamente no se ha procurado adaptar el órgano para un tipo particular de actividad. El hecho es de una capital importancia en el caso de la Universidad, ya que la Universidad no se propone una mera y formularia "toma de contacto" del universitario con la ciencia, sino una recreación de la misma siempre desde nuevos puntos de partida, desde distintos puntos de vista.

El grado de creciente complicación del sistema de las ciencias ha convertido la dedicación a la ciencia en una profesión absorbente y exclusivista. La ocupación y preocupación por la ciencia venía en la imagen clásica del sabio condicionada por una vocación y requería el ocio como circunstancia. Hoy es imposible cultivar la ciencia sin una consagración total y absoluta que ata y religa al hombre sin poderse salir y escapar de su trabajo, y que le obliga a renunciar a todo lo que no sea la parcela particular que cultiva. No sólo tiene que concentrarse y limitarse a una absorbente actividad concreta, sino que incluso para su dedicación tiene que prepararse con el dominio de una técnica de investigación que no aprende en las aulas ni en los libros. Como dice Max Weber en su libro *Wissenschaft als Beruf*, "hoy la ciencia es una profesión explotada por los especialistas al servicio del autoconocimiento y de la ciencia de los nexos causales positivos". La profesión que le corresponde al científico es la de investigar con arreglo a unos procedimientos técnicos más o menos manuales unos concretos y singulares problemas sin salirse nunca de la órbita que le marca la índole de esas cuestiones. Su misión consiste en fabricar ciencia, no crearla, de un modo en cierta forma análogo a como se fabrica una casa o un artefacto. La anómala inclinación a constreñir el funcionalismo de la Universidad al cum-

plimiento de un simple imperativo de formación profesional está muy arraigada, y será difícil cambiar las cosas en un plazo breve. La Universidad es algo más que un simple centro preparador de determinadas profesiones, mucho más que eso, y de ella hay que esperar tareas más decisivas e interesantes; pero para llevar su funcionalismo a su verdadero cauce hay que poner los medios adecuados.

EL "STUDIUM PHILOSOPHICUM"

Es del todo imprescindible, por tanto, centrar la pedagogía universitaria en una preliminar formación de las facultades intelectuales para la función que ulteriormente ha de ejercitarse. El primer efecto de esta preparación del órgano intelectual es fácilmente registrable: un aumento de la eficacia de la docencia de las disciplinas científicas materiales en los ulteriores cursos de especialización y un mayor rendimiento de la función intelectual.

El "Studium Philosophicum" en este sentido viene a ser un curso previo de las ciencias generales y universales previo a la profundización en las ciencias especiales y particulares. "Lo que abrumba a nuestra enseñanza superior—dice Otto Willmann—no es la falta de saber del maestro, sino hacerse cada uno inaccesible a los intereses del compañero y a los fines comunes de la escuela; y el remedio de todo esto no se encuentra en las ciencias especiales ni en las particularidades metódicas, sino en la teoría general de la formación." Esa formación general es la que nosotros propugnamos en el "Studium Philosophicum", centrandolo en la Filosofía la base de toda la formación fundamental.

El prejuicio de que esta introducción general pudiera equivaler a una estéril divagación por el nebuloso reino de lo confuso y abstracto, o a una inútil e innecesaria pérdida de tiempo, producto más bien de una excesiva desconfianza en nuestras facultades que buscan subterfugios para no tirarse de una vez a la cima de la especialización, tiene fácil réplica. Basta con considerar que en la evolución contemporánea de las ciencias particulares, en una época en la que han ido apareciendo ciencias como la Bioquímica, la Biomatemática, la Patología Psicosomática, etc., el contacto de esas ciencias especializadas con las ciencias generales, sea la Filosofía, la Lógica, la Historia o las Matemáticas, ha sido fecundo, dando lugar a las más sugestivas y vivificantes influencias. Ha sido precisamente en el ámbito científico donde ha surgido la sospecha de que esa introducción y esos contactos más que superfluos son necesarios, y que conviene intensificar estas relaciones para un desarrollo más fecundo de determinadas parcelas del saber o para un esclarecimiento de determinadas lagunas de la ciencia. Todas las ciencias en su originación partieron de problemas filosóficos, y al término de su máxima dispersión han vuelto su mirada a la Filosofía.

A través del "Studium Philosophicum" sería posible restablecer el orden armónico que existe en todas las ciencias. Ese ideal unitario del saber estaba siempre presente para el hombre antiguo. Cicerón, en el *De Oratore* (III, 6), nos habla del absurdo que supone el intentar desarticular la interna armonía y con-

cordancia de las ciencias ("omnium quasi consensus doctrinarum concentusque"). El buen orador, a su juicio, no podía conformarse con sólo el estudio de la Gramática, de la Retórica o de la Lógica. Necesitaba de otros saberes más universales aquí no implicados. Vitruvio desarrolla el mismo pensamiento al afirmar que todas las disciplinas mantienen entre sí una relación e intercomunicación objetiva (*conjunctiones rerum et communicationem*).

Cicerón habla del estudio de la Filosofía como un cultivo del espíritu y un alimento proporcionado a la condición humana (*animi cultus et quasi quidam humanitatis cibus*). El fin de la formación general propuesta consistía en una reconstrucción armónica de nuestra representación del mundo, sobre la que fundar nuestra propia edificación interior. Como medio para alcanzarla se ofrecía el estudio de la Filosofía. Mientras se mantuvo el aprendizaje de la Filosofía vertebrando el estudio de todas las ciencias, fué posible la unificación del saber y la realización plena de un ideal formativo integral. Cuando la enseñanza de la Filosofía se ahogó en medio de las enciclopedias cumulativas, a que tan dados fueron los siglos XVII y XVIII, poco a poco se fué perdiendo ese sentido de orden y armonía. Por esta vía llegamos hasta la negación de la Filosofía. Eliminada la Filosofía de los estudios como ciencia inútil, ha permanecido en absoluto "ostracismo" durante todo ese período. El ataque contra el saber general lo iniciaron los escépticos del siglo XVI, sobre todo Charron, Montaigne y Francisco Sánchez. El último golpe contra la Filosofía lo enajaron el positivismo y el materialismo al considerar a la Filosofía como una jerga poética de vaciedades y expresiones oscuras. Ha sido al entrar en crisis el concepto contemporáneo de la ciencia cuando los mismos científicos han vuelto los ojos hacia la Filosofía. Esta sistemática inclinación y acercamiento de la ciencia moderna hacia la Filosofía es una consecuencia del reconocimiento de la insuficiencia de un concepto de ciencia tan artificiosamente elaborado por varios siglos de racionalismo y positivismo.

La Filosofía, por tanto, permite no sólo una articulación coherente de las ciencias, sino que además forma al hombre en aquello que específicamente le define como hombre. En esta reconstitución del hombre en su verdadera naturaleza hay que tener muy presente los fines esenciales del ser humano. En este punto, en lo fundamental, pocas divergencias encontramos desde Platón a Aristóteles, desde Kant a Hegel. El hombre, según Aristóteles, busca la verdad y el bien. El mismo Kant establece que los fines generales de la vida humana son la propia perfección y la felicidad ajena. En el ideal de la propia "perfección" comprende Kant el desarrollo de las inclinaciones y disposiciones que le llevan al bien y a la verdad "para ser digno de la Humanidad en que vive". Hay que centrar, por tanto, esta formación fundamental en una educación base de las facultades intelectuales y volitivas, cuya puesta a punto permitirá ulteriormente una profundización más penetrante en las creaciones intelectuales de las ciencias, las artes y la técnica.

El "Studium Philosophicum" resuelve una situación de crisis en que se encuentra la Universidad en un doble plano objetivo y subjetivo. Objetivamente, el "Studium Philosophicum" viene a imponer una

idea de unidad en la diversidad de los conocimientos. En el orden subjetivo, el "Studium Philosophicum" desarrolla y ejercita aquello que específicamente define al hombre: su inteligencia. El trabajo de la inteligencia es precisamente unificador, al saltar por encima de la multiplicidad de los aspectos sensibles de las cosas y sólo destacar el sistema de relaciones que permita ordenar aquel abigarrado tráfago de impresiones. La mirada escudriñante y penetradora de la inteligencia resbala por el mundo de los sentidos y se centra en un atento examen de los elementos comunes y necesarios de la realidad. Ello equivale a una reducción de la multiplicidad sensitiva de las impresiones en una unidad intelectual, o, lo que es lo mismo, una unificación de opiniones y conocimientos sobre la base de un tipo de saber más profundo y serio. El principio platónico de que "el que está dotado para dominar las cosas de una ojeada está dotado para la especulación, tiene más sentido entendido en estos otros términos: la visión especulativa de las cosas capacita para una consideración del conjunto. No sólo condiciona la Filosofía a las ciencias en el sentido de fundamentarlas y darles sentido, sino que también introduce claridad y precisión en ellas al poner de manifiesto el mecanismo formal que se ha seguido en su formulación. El "Studium Philosophicum" equivale, por tanto, a una introducción general válida para cualquier forma de saber.

Desde el punto de vista objetivo, esa unificación del saber puede lograrse a través de tres disciplinas: la Filosofía Natural, la Metafísica y la Teología. La Filosofía Natural ofrece una formulación del repertorio de principios que vertebrata la estructura de las ciencias naturales. La Metafísica, por el contrario, nos permite acercarnos a la serie de enunciados que desde el punto de vista de los últimos principios y causas ordenan la superestructura del saber en general. La Teología, en última instancia, introduce sentido teológico y escatológico en el funcionalismo de la inteligencia.

Desde el punto de vista subjetivo, la generalización de la función intelectual se alcanza por medio del ejercicio de dos disciplinas estrictamente formales: la Lógica y las Matemáticas, y de otras dos disciplinas normativas: la Historia de la Cultura y de la Ciencia y la Ética. Lo que interesa desde este plano es poner en ejercicio el entendimiento en su doble dimensión de entendimiento teórico y práctico, ordenado a la contemplación de la verdad y a la realización de actos. Tanto la Lógica como las Matemáticas ponen en acto el ejercicio de la razón. La Historia y la Ética suministran un repertorio de normas y ejemplos que deben regir la conducta humana. El conjunto de estas disciplinas forman lo que podíamos llamar la base de la educación formal propuesta.

La función del "Studium Philosophicum" no es enciclopédica; para nada le interesa el simple amontonamiento de conocimientos, sino una función orgánica, esto es, tiende a organizar el cuadro de las ciencias en un sistema en el que se articulen todos los conocimientos y destrezas adquiridos o por adquirir.

No se trata, por tanto, de conjuntar enseñanzas diversas ni de establecer conexiones entre ciencias distintas. El "Studium Philosophicum", como ha visto con claridad A. Wenzl, no es un puente de comunicación montado sobre el aire entre las diversas Facultades de la Universidad. Es, antes al contrario, una vía firme y sólida abierta hacia una formación más profunda, precisa y completa del investigador y del especialista.

El "Studium Philosophicum" constituye el curso de formación básica fundamental común a todos los estudios universitarios. A través de él se alcanzaría lo que Hegel define como objetivo de los estudios lógicos-gramaticales: con él "comienza la inteligencia misma a ser enseñada, al hacerse conscientes las categorías de la inteligencia que en nosotros existen". Para emplear las mismas metáforas hegelianas, con su estudio se tendría "el baño espiritual" que prepara el alma para la recepción y el ejercicio de la ciencia pura.

El objetivo central del "Studium Philosophicum" estriba en plasmar el ideal de formación que hoy se considera como necesariamente previo a todo estudio superior de enseñanzas especiales. Con esta formación se prepara y dispone al espíritu para esos trabajos ulteriores de incorporación de conocimientos particulares. Esta formación básica nada tiene que ver con lo que genéricamente en el siglo XVIII se llama "erudición universal". El siglo XVII es igualmente muy aficionado a este tipo de saber acumulativo que recibe los nombres de "Polihistoria", "Polimatía", "Panmatia", "Pansofia". El saber profundo que postula el "Studium Philosophicum" está precisamente contrapuesto a este "saber de todo", a este tipo de investigación enciclopédica o erudición en todas las direcciones, como propugnaba nuestro Feijoo. Comprende lo que podría designarse el núcleo de estudios comunes al círculo de las enseñanzas universitarias. Como dice Otto Willmann, estos "estudios formativos se dedican a los elementos que dominan por encima de los estudios especiales; la tendencia formativa se dirige por encima del círculo de saber y poder, tal y como lo exige la profesión, no respetando la división impuesta por el trabajo cultural".

El "Studium Philosophicum" es tan necesario en ciencias que en el seno mismo de la Filosofía ha comenzado a desmembrarse de ella, como en el caso de la Psicología, la Pedagogía, la Sociología o la Política, porque en la Filosofía encuentran todos estos saberes su fundamentación y sentido. Lo es también en los estudios teológicos, porque dentro del mecanismo de esta ciencia es un órgano de conexión. La conclusión teológica es el resultado de una premisa de fe y de una premisa de razón. Pero esta necesidad se hace más perentoria en el caso de la formación del médico, del jurista, del historiador, del físico, del químico o del naturalista, porque es aquí donde es más imprescindible la vertebración y articulación de conocimientos. Las distintas disciplinas filosóficas tienen su orden y su sistematización en la estructuración misma del saber filosófico; el resto de las ciencias lo toma de la Filosofía.